

Días de escucha

América Villegas y Rossie Cedeño

El doctor me mira y dice “ustedes deberían venir con una Biblia para recordarle a estas mujeres que parirán con dolor. Para que así lo asimilen mejor”.

A su lado está Ana, es joven y tiene mucho miedo. Entre contracción y contracción dice que no tiene ganas de pujar todavía, pero él le dice “En cada contracción debes pujar”. Parece abrumada entre órdenes y manipulaciones. Parece que le cuesta entender lo que está pasando en su cuerpo, menos lo que le dicen. Su cara refleja el miedo. “Puja”, ordena el doctor. “¿Cómo que no tienes ganas?”, sigue increpando. “Si así fuera, no se te pusiera la barriga así. No vas a saber tu más que yo que he estudiado y leído tanto”.

A su lado está Carmen en trabajo de parto de su tercer hijo, con 39 años y 39 semanas de gestación. Me dice que le duele un poco la espalda, que estar acostada le incomoda mucho. Intenta cambiar de posición y una doctora desde su escritorio le grita: “Señora no puede levantarse porque si no está acostada a su bebé no le llega el oxígeno”.

Yesika también está en trabajo de parto. El doctor le dice que le falta poco y que puje para terminar de estar completa. Levantando la voz le dice “no sueltes el pujo, no ves que así no vas a salir de esto”. Ella me mira y le dice que se le pasó la contracción. Yo le escucho decirle “es imposible que se te pase tan rápido, no estás pujando”, mientras comienza a hacerle maniobras para acelerar el proceso. Ella hace gestos de dolor. Ambas respiramos profundo, respiramos juntas. Unos minutos después el doctor le dice “ya estás lista, vamos al cubículo”. Allí la espera la camilla.

Cada mujer que llega la camilla de parto pierde su ser para convertirse en cuerpo. Un cuerpo que, como tantas veces hemos oído, es objeto de conquista. “Servirá” para aprender, practicar y experimentar. Cada una de esas mujeres están allí pero no existen. Nadie las llama por sus nombres. Nadie les dice qué les ocurre, qué les harán. De los dedos que medirán su cérvix sin cuidado ni permiso. De los aparatos

que introducirán en su cuello uterino. De la manipulación insensible de sus labios vaginales. De los cortes indiscriminados en el periné. De los mandatos de cómo, cuándo y por dónde pujar. “No grites”. “No abras la boca”. “No te muevas”. “Súbete el tapabocas”. “Separa bien las rodillas”. “Ahora, puja porque a tu bebé ya le veo la cabeza y si no lo haces se queda sin oxígeno”. Solo se respira miedo y silencio frente a tanto poder y control. Solo un cuerpo que parirá con dolor porque así lo dice la Biblia y así lo repiten a coro en esas salas, en esos pasillos, en esas oficinas.

Y cuando, por fin, acaba el protocolo de silencio y manipulación, cuando por fin pueden hablar, sus palabras continúan llenas de miedo y dolor: “Le decía a la doctora que me dolía mucho, pero ella me dijo aguanta que más duele parir, pero a mí me dolió mucho. Ella metía y sacaba la mano de allá abajo con una gasa”.

A mí me dijeron: “Aguanta que esto no duele”. “Tienes que aguantar, separa las rodillas”.

Por instantes sientes que no podrás seguir escuchando: “Señora, ¿usted se quiere morir? Usted tiene otros dos hijos y ahora este, así que esto se lo tengo que hacer”.

Esta es la rutina, una rutina de violencia sistemática cargada de miedo, soledad, distanciamiento, prisa, de palabras que paralizan. En ella la regla es acelerar el proceso porque “el tiempo es oro”, hay otras mujeres en espera y se tiene que entregar la guardia completa. El miedo impregna todo, tanto que no hay lugar para que el cuerpo haga su trabajo. Siempre hay algo que hacer y no es precisamente ese cuerpo que está pariendo.

Nos dicen que un nacimiento está cargado de la energía de la vida en pleno apogeo, de la constatación de la naturaleza humana, del milagro de la concepción. Qué lejos me siento de ese estado. Son días de escucha y aprendizaje con estas mujeres. Algunas con la voz quebrada y la mirada triste. Otras con rabia e indignación por lo que vivieron. Algunas etiquetadas de “intensas”, y cada tanto esa palabra les recuerda que “deben portarse bien” no quejarse, no expresar sus emociones.

Tanto que he leído, escuchado y soñado sobre la mujer salvaje, la vivencia positiva del parto, sobre la conexión con la mamífera que somos y el poder que puede desencadenar un parto. Tanto aspirar a que las mujeres seamos las protagonistas de nuestras historias. Que si queremos aullar podamos hacerlo. Encontrar la fuerza para conectar con nuestros cuerpos gritando, hablando o vocalizando. Seguir nuestros pujos sin interferencias. Movernos, caminar, bailar o simplemente abrazar a quien nos acompaña. Tanto que merecemos ser miradas a los ojos, ser llamadas por nuestros nombres. Tanto que me gustaría ver y ser una diosa pariendo.